

**NOUS:**  
**William, Tudo**  
**y los niños *Infinitos***

Por Zaid Carreño

A José María

# Arnau y William

Arnau tenía 8 años cuando su papá le regaló un libro con ilustraciones sobre animales mitológicos. Le encantó el *Architeuthis Dux*; nombre científico del calamar gigante. A pesar de que en el texto se hablaba de él como un monstruo feroz, a Arnau no le generó temor; sus características le parecieron fascinantes: su tamaño colosal, sus brazos y tentáculos, su capacidad para cambiar de color y camuflarse.

Lo que también le sorprendió a Arnau fue que el *Architeuthis* contaba con el ojo más grande de entre todos los animales del mundo en la historia reciente. Recuerda que en una ocasión, luego de hojear el libro por enésima vez, se dirigió al espejo del baño para mirar sus ojos; uno de ellos. Se acercó lo más que pudo al reflejo, y con una mano levantó el párpado derecho para dejarlo totalmente al descubierto. Arnau también tenía los ojos grandes, y sabía que bellos, gracias a las innumerables veces que su mamá se lo repetía:

- ¡Tienes unos ojos preciosos, hijo!

Muchas cosas sobre el calamar, Arnau las fue aprendiendo con el tiempo; buscó en enciclopedias y ya más grande en internet. Se enteró que el *Architeuthis* tenía un acérrimo enemigo; el cachalote. No sabía cómo era este animal, así que buscó imágenes y descubrió que se trataba de una especie de ballena, pero más cabezona.

Había calamares de todos tamaños, y contrario a su creencia eran carnívoros. Él siempre pensó que comían frutas y verduras. –Pobres- se decía –¡A quién le gustan el brócoli o la coliflor o la zanahoria cocida!-.

Lo que más le entusiasmó a Arnau fue hallar en sus investigaciones que el calamar, aun el gigante, era real; existía. Cuando su papá le regaló el libro, le comentó que los animales que en éste aparecían, solo formaban parte de la imaginación de los seres humanos, que estos encuentros jamás se habían dado, que ningún hombre había podido comprobar la existencia de tan magníficas y atemorizantes criaturas, por ello eran un mito:

- ¿Mito? ¡Nada qué! ¡Los hay vivitos y coleando!

En la mitología escandinava y finlandesa llamaban a los calamares gigantes *Kraken*. Un *Kraken* adulto podía medir hasta 2 kilómetros y su dorso asemejaba una isla flotante. Cuando los barcos se acercaban confiados porque creían que se trataba de un pedazo de tierra, eran atacados y llevados a las profundidades del mar.

Dibujos, pinturas, grabados, muestran a un *Kraken* envolviendo con sus enormes brazos y tentáculos a una embarcación. Los rostros de los tripulantes son de terror.

- ¡Pero qué esperaban! – se decía Arnau – ¡Todos los animales defienden su territorio! ¡No debieron acercarse!-.

Hoy se sabe que los calamares gigantes no miden kilómetros, pero sí los 18 metros.

Arnau fue a la oficina de su papá que se encontraba en el patio trasero y tomó una regla. Ésta media un metro; necesitaría 18 reglas o 18 veces la misma. Se dirigió a la estancia y comenzó sus cálculos: -¡Oh, por Dios! ¡Es más grande que la sala y el comedor juntos! Siguió midiendo fuera de la casa. Casi se desmaya del asombro; el *Architeuthis Dux* media lo antes dicho más el patio delantero y la mitad de la calle: - ¡Enorme!-.

Una tarde que sus padres fueron al hospital a ver a su abuelo materno que se hallaba muy enfermo, vale de paso señalar por fumar tanto, Arnau entró a la oficina y comenzó a dibujar un calamar en el pizarrón blanco. Lo puso parado y caminando; sus brazos los convirtió en piernas; tenía ocho pues. Lo iluminó de rojo con algunos detalles en amarillo. El dibujo medía aproximadamente 170 centímetros.

Su papá no le regañaba por entrar a su espacio y utilizar el pizarrón y los plumones, sin embargo, muchas veces le había señalado que borrara siempre lo que hiciera. ¡¿Pero cómo lo iba a hacer esta ocasión?! Su dibujo le pareció increíble; digno de un artista. Se le quedó mirando un tiempo anonadado por su belleza. No sabe si fue su excesiva concentración u otra cosa lo que le hizo ver que el dibujo se movía. No, no podía ser, pero la posibilidad le pareció maravillosa:

-¡Tener un amigo calamar y llevarlo a la escuela sería genial!

No, no lo borraría, y seguramente sus papás reconocerían su talento y tampoco lo harían. Serrucharían ese fragmento del pizarrón y luego lo enmarcarían para presumirle a la familia el brillante dibujo que había hecho su hijo.

Después de unos minutos más de contemplación, sintió el cansancio en sus ojos. Él quería seguir viendo su obra, pero los párpados se le cerraban sin su consentimiento. La faena había sido agotadora; el artista estaba cansado; debía recostarse. –Esto de crear es más desgastante que el fútbol o cualquier otro deporte- pensó camino a su cuarto y a la cama que le esperaba limpia, fresca, suave, comfortable.

Arnau despertó muy temprano al día siguiente. Inmediatamente recordó su obra de arte y fue corriendo a ver que aún estuviera. Cuando entró a la oficina, le decepcionó mucho percatarse que sus padres la habían borrado. Se enojó mucho con ellos, y llorando les fue a reclamar su injusta acción:

- Pero es que nosotros no hemos hecho nada, hijo. Llegamos, fuimos a ver si estabas bien, te encontramos dormido, luego acompañamos a la puerta a Laura, cenamos lo que nos preparó y nos fuimos a la cama. Bueno, antes te visitamos de nuevo, te dimos un beso y ya. ¿Dibujaste un calamar? ¿No lo puedes volver a hacer?
- ¡Si no son enchiladas papá! ¡Ustedes no comprenden al artista! ¡Era una obra de arte! ¿Qué voy a hacer mamá?

Lo llevaron a la oficina y le pidieron frente al pizarrón que les platicara de su dibujo. Arnau fue tranquilizándose mientras les describía lo que había realizado. Al final de la explicación el entusiasmo volvió a su rostro y les dijo que lo intentaría de nuevo, que si lo había podido hacer una vez, no veía por qué no una segunda y mejor.

Elisa y Roberto dejaron solo a Arnau para que pusiera manos a la obra. Cerró los ojos para recordar su dibujo y comenzó a trazar en su mente la figura. De repente, se escuchó un fuerte golpeteo. Esto lo sacó de concentración y enojado buscó de dónde provenía el ruido. Le pareció oírlo cerca del escritorio; se asomó debajo de éste y...

Lo normal hubiese sido que soltara un grito de sorpresa cuando vio al calamar, pero no respondió así, lo que le vino fue una alegría inmensa y un deseo enorme de llamar a sus padres, pero se contuvo, quería primero cerciorarse de que fuera todo real y no producto de su imaginación. El calamar lo veía con cierta reserva, agazapado debajo del escritorio. Arnau extendió su brazo para tocarlo y así confirmar que no estaba soñando, pero en ese momento el animal se echó hacia atrás y le escupió algo negro gelatinoso. Arnau esquivó la tinta que iba directo a su rostro y se apresuró a tranquilizar al visitante:

- Sé que es uno de tus mecanismos de defensa, la tinta, pero no te voy a hacer daño, quiero ser tu amigo; soy tu amigo. Te he esperado mucho tiempo; he soñado contigo; hasta tienes un nombre en las situaciones de ti que he fabricado en mi cabeza

El calamar comenzó a expandirse en señal de confianza; se veía más relajado. Se atrevió a salir del escritorio y a acercarse uno de sus brazos a la cara de Arnau:

- Hola... ¿Dime? ¿Quieres saber tu nombre?

Con otro brazo tomó una mano de su nuevo amigo:

- ¡William! Así te llamas en mis sueños, en mi imaginación. ¡William, William! ¡Eres real!

Y los dos comenzaron a brincar tomados de las manos, bueno, y brazos, por toda la oficina.

Arnau mantuvo oculto unos días a William, temía que sus papás reaccionaran negativamente; que le prohibieran quedárselo y llevarlo a algún acuario. Curioso, pero William no necesitaba del agua, no se arrastraba, andaba erecto como en el dibujo, y comía lo que Laura, la sirvienta, preparaba para todos. Otra cosa muy chistosa era que debajo de una de sus pequeñas aletas tenía escrita la siguiente información: *Orden: Teuthida / Género: Cefalópodo*. Arnau sabía por sus averiguaciones lo que eso significaba: - Es tu familia; es tu pedigree; como el que le ponen a los perros- Le causó gracia lo que dijo y se echó a reír, pero a su calamar amigo no le pareció nada chistoso. William se fue enojado, refunfuñando, hacia un rincón de la cocina. Si algo no le parecía siempre

escogía ese lugar de la casa para bajarse el coraje. Puro pretexto, era un tragón. El enojo se le olvidaba en cuanto empezaba a devorar lo que había en el refrigerador.

Cuando Arnau por fin se atrevió a comunicarles a sus padres la existencia de William, éstos le comentaron que era normal tener un amigo imaginario, pero que en algún momento tenía que dejarlo ir, por supuesto, cuando él lo creyera conveniente. Y es que aunque el calamar estaba al lado de él, Elisa y Roberto no pudieron verlo. Su comentario no molestó a Arnau, al contrario, se sintió más tranquilo, salvado, porque temía, como anteriormente se dijo, que no aceptarían a William en la casa. -¡Adultos, adultos! – pensaba Arnau, –¡Gracias por estar tan ciegos!-.

Pero no solo no lo veían sus padres; sus amigos en la escuela tampoco. Sin embargo, ello no quería decir que el Teuthido Cefalópodo William no fuera real. Y si no me creen, lean lo siguiente:

Alfredo era un niño al que le gustaba golpear a los demás; en la escuela ninguno de sus compañeros se había salvado de sus puños. A las niñas las molestaba; les ponía apodos, les robaba la comida, se burlaba de ellas cuando la maestra les regañaba... En fin, era un niño difícil; un niño mal educado. Al que más se traía de encargo era a Arnau, pero llegó el día en que le puso un hasta aquí, y fue gracias a William.

Dos meses Arnau se escapó de las garras de Alfredo gracias a que adquirió los poderes de su amigo el calamar. Primero desarrollo la cualidad de camuflarse en el

ambiente; cada vez que Alfredo andaba cerca adquiría en su cuerpo el color y un poco la textura de lo que había a su alrededor, y así éste no lo veía y se seguía de filo. Si se encontraba a Alfredo en los pasillos imitaba el color y decorado del piso, si andaba en el laboratorio se volvía gris y brillante como las mesas de metal. Si se lo encontraba a la salida adquiría el amarillo y el escudo de la escuela en el transporte escolar.

Cuando era demasiado evidente camuflarse porque había mucha gente que lo podía descubrir, recurría a la velocidad; en el agua los calamares son velocísimos. Cuando Arnau corría, Alfredo no le veía ni el polvo. Esta característica también le sirvió en el fútbol; Arnau se convirtió en la estrella del equipo al sumar 30 goles en tan solo 12 partidos.

La tercera de sus virtudes era un poco desagradable, y por ello casi no la utilizaba. Solo lo hacía cuando Alfredo lo tomaba por sorpresa y ya no le quedaba otra opción. Primero se sentía mareado y luego con unas inmensas ganas de vomitar; sabía que se trataba de la preparación del escupitajo negro gelatinoso. Si el vómito entraba en contacto con la piel, ésta se ponía roja y se llenaba de granos. Alfredo siempre creyó que Arnau no se lavaba los dientes y que por ello su saliva era venenosa.

Así pasaron dos meses o quizá más, pero un lunes ocurrió algo muy extraño: Arnau se encontraba en la cocina de la escuela desayunando cuando apareció de repente Alfredo. Optó por el escupitajo pero no salió negro ni venenoso, luego corrió,

pero su velocidad era la de cualquier niño normal, el camuflaje tampoco le funcionó; había perdido sus poderes.

William lo veía todo muy de cerca. Era momento de que su amigo resolviera el problema solo, con sus propios recursos. Los gigantes ojos del calamar y el niño se encontraron; Arnau captó el mensaje. Estaba harto de ser sometido por Alfredo; tenía que ponerle un hasta aquí al asunto. Cerró sus manos, se echó para atrás, y con toda su fuerza dirigió su puño derecho a la nariz de su acosador. Alfredo cayó al piso y se quedó tendido un tiempo con las manos cubriéndose el rostro. Arnau brincaba de emoción y gritaba una y otra vez que lo había vencido. Sus compañeros se acercaron para felicitarlo, sin embargo, el gusto le duró poco, porque Alfredo apareció frente a él hecho una furia y comenzó a golpearlo. Bastaron tres puñetazos para que Arnau quedara en el suelo, y unos pocos gritos de las niñas para que llegaran los maestros a detener la pelea.

De regreso a casa Arnau se sentía muy orgulloso de sí mismo, a pesar del moretón en el ojo y la sangre en la nariz; a pesar de haber perdido. Pero sí ganó el respeto de sus compañeros, y sobre todo el de Alfredo, que no lo volvió a molestar nunca más.

Cuando Arnau y William desarrollaron un código que les permitió comunicarse con más claridad, trataron el asunto: llegaron a la conclusión de que si bien ese día el utilizar los puños pareció ser la única salida, se debía evitar siempre recurrir a la violencia. Hicieron un pacto: prometieron que nunca más utilizarían los puños, brazos y tentáculos

para resolver sus problemas. Y cumplieron, porque las aventuras continuaron, y las complicadas las sacaron adelante con el solo uso de la *razón*.



